

# LOS FILMS DEL FAR-WEST

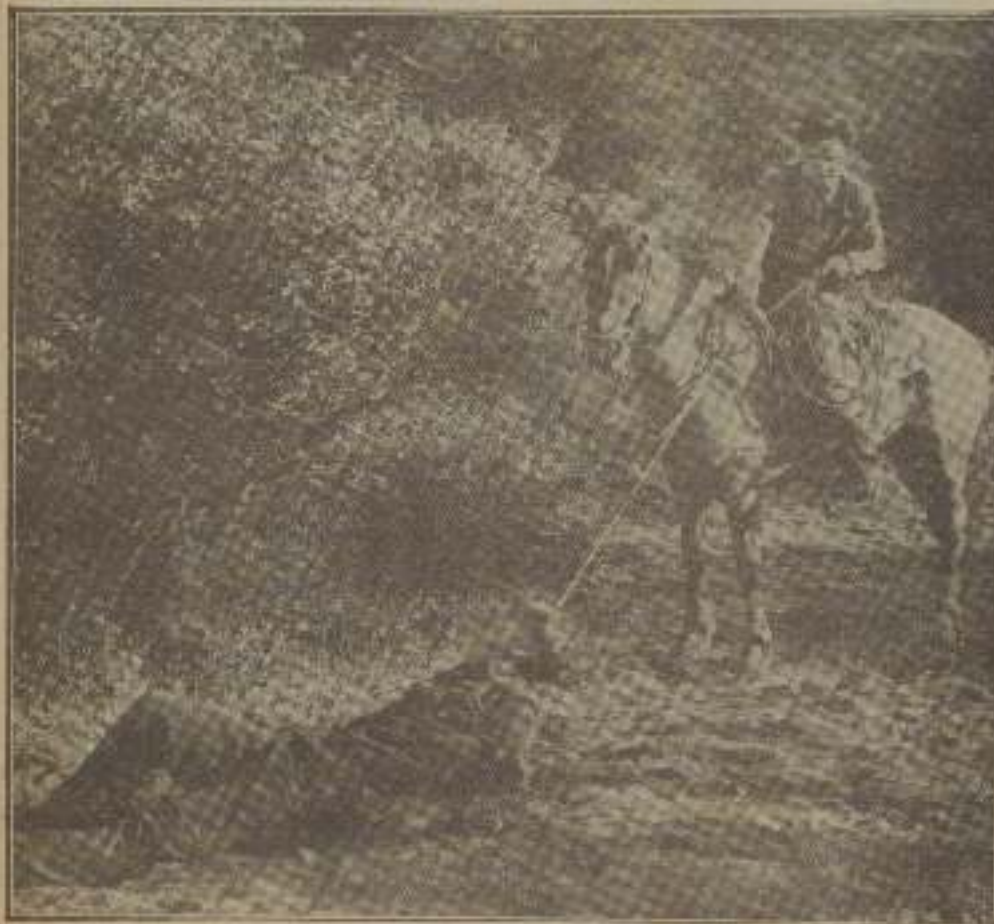


UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 32

**LA FUGA DEL PRESIDIARIO**

15 cts.



*... habráslo aprisionado completamente con el lazo...*

# LA FUGA DEL PRESIDARIO

(Novela cinematográfica, inspirada en la película del mismo título, de la colección «Selecciones Cinasa», Vía Layetana, 53. - Barcelona)

## I

Poco más de veintidós años tenía Leo Mendel cuando un tribunal torpe e injusto lo condenó a cuatro años de presidio.

El infeliz escuchó la sentencia anonadado, sin poder articular una palabra, sin poder pronunciar la protesta que desde el fondo de su corazón honrado e indignado le subía a los labios, sin poder gritar una vez más:

— ¡Soy inocente!

¡Cuatro años! ¡Diecintas ocho horribles y eternas semanas habría de sufrir confundido con criminales de toda ralea!

Diffícil es que nadie consiga ni imaginar siquiera lo que esa condena representaba para un joven lleno de juventud, brío, energía y esperanzas como el protagonista de esta historia y cuya conciencia, además, nada le reprochaba.

El delito de que se le acusaba era un robo de que había sido víctima un ganadero que cobrara, una hora antes, en el rancho donde Leo Mendel prestaba servicio con una inteligencia y una perseverancia en el trabajo que le habían destacado de todos sus compañeros en el aprecio y el afecto del dueño de la inmensa y rica finca.

Por una de esas casualidades, o, mejor dicho, fatalidades que tanto abundan en los grandes errores judiciales, la víctima que resultó levemente herida, creyó reconocer en Leo Mendel al malhechor que lo agrediera y despojara de los varios miles de dólares que guardaba su cartera.

No fueron sus declaraciones en ese sentido, rotundamente afirmativas, pues dijo que el acusado tenía la misma estatura y parecida fisonomía que el ladrón, en el cual se había fijado bien en el relampaguear de los instantes que aquél empleó en derribarlo y apoderarse de su dinero.

Pero, acaso esas declaraciones no hubiesen llevado al ánimo de los jueces la convicción moral requerida para emitir veredicto de culpabilidad. Fué menester que existiese otra circunstancia fatal, la siguiente: junto a la víctima, a la que encontraron sin sentido el *Aerif* de la comarca y dos delegados, fué hallado el pañuelo que el laborioso y desdichado *cow-boy* solía llevar anudado al cuello.

Una L y una M llevaba bordadas en una de sus puntas la mencionada prenda. Luego de prestar al ga-

nadero los auxilios que su estado requería, aquellos representantes de la autoridad lo condujeron al *Rancho de los Alamos*, del que una hora antes saliera la víctima con la cartera abarrotada de billetes.

Paseábanse en aquel instante por el espléndido jardín que rodeaba el edificio, el propietario de la finca, Stiwill, acompañado de su hija única, Emma, una preciosa muchacha de diecisiete años, y el propio Leo Mendel.

Y la conversación que sostenían no podía ser más halagadora para el fornido y laborioso *cow-boy*, pues su amo le anunciaba que en breve lo nombraría capataz de sus extensos dominios, porque no estaba nada satisfecho ni contento del que a la sazón desempeñaba ese cargo.

Al ver a los recién llegados, se precipitaron a su encuentro.

—Pero, ¿qué significa esto?... Warner, amigo mío, ¿qué le sucede a usted?

—¡Ha sido víctima de una infamia sin nombre! ¡Le han robado y, probablemente, quisieron matarlo!—declaró el *sherif*.

—¿Qué oigo? ¿Es posible?  
—Desgraciadamente, es la verdad!

—Pero, ¿quién es el autor de tan miserable hazaña?

—¡Por ahora se ignora! ¡Sin embargo, confío y espero en descubrirlo pronto y echarle el guante! De momento, urge atender a este hombre, pues quizás tiene alguna herida más grave de lo que él asegura.

A continuación el ganadero Warner fué llevado al interior del edificio y acomodado en un limpio y blando lecho.

De pronto, sus ojos desmesuradamente abiertos por el asombro y

el espanto fijáronse en Leo Mendel.

—¿Qué tiene usted, amigo mío?—le preguntó el *sherif*.—¿Por qué mira de ese modo a este muchacho?

Con voz penosa, aquél balbuceó:  
—¡Parece... parece... el ladrón!

Pronunciadas estas palabras que arrancaron un grito de horror a la bella Emma, haciéndola apartarse instintivamente de Leo Mendel, cerró los ojos, desmayado.

El ranchero arguyó:  
—Sin duda este infeliz padece una lamentable ofuscación.

—Desde luego—corroboró el acusado.

—Eso es lo que falta averiguar—dijo el *sherif* con severo acento.

—*Sherif*—exclamó con energía el rudo *cow-boy*—, tenga usted cuidado con lo que dice, pues aunque lleve usted en el pecho ese broquel, no le consiento que ponga en duda mi honra sin mancharla...

—¡Respeta mi autoridad y contesta a la pregunta que voy a hacerte! Si eres inocente, tanto mejor para ti, pues la justicia tiene ojos de lince para el delito y debe castigarte inexorablemente sea quien sea el culpable.

«Por lo demás, te será muy fácil comprender las sospechas que las pocas palabras que ha pronunciado hacen recaer sobre ti...

«¿Puedes demostrar y probar que hace dos horas, cuando el ganadero Warner fué agredido y robado, te hallabas lejos del sitio en que tuvo lugar la criminal fechoría?

—Hace poco más de dos horas salí del rancho por mandato de mi amo.

—¿Es cierto, señor Stiwill?  
Hizo éste un gesto afirmativo con la cabeza, añadiendo:

—Lo envié a inspeccionar el ga-



nado que tengo en el Valle de los Coyotes.

—¿Solo?

—Sí.

De pronto el *sherif* sacóse del bolsillo el pañuelo hallado y mostrándoselo al *cow-boy* le preguntó:

—¿Es de usted esta prenda?

—¡Sí, sí! Mía es... Lo he perdido esta tarde.

—¿Es una lamentable casualidad que yo lo haya encontrado junto a este hombre... a este hombre—añadió—que ha reconocido en usted al que lo atracó!

—¡Mil rayos!—bramó el acusado—. ¡*Sherif*, ningún hombre me ha ultrajado ni ofendido hasta hoy impunemente!...

—Y a mí no me ha impedido nan-

—¡Serenidad y calma, muchacho! ¿Qué puede importarte a ti la justicia si tienes la conciencia tranquila?

—¿Duda usted también de mi honradez? —inquirió el *cow-boy* con acento desfallecido.

—¡Ni remotamente, muchacho! se apresuró a declarar *Stiwill*—. (Pero te aconsejo que no te rebelles contra la autoridad que ostenta ese hombre!)

—¿Y he de someterme a que me trate como un malhechor?

—¡No creo que el *sherif* tenga esa intención!

—¡Claro que no! Mi misión consiste en llevar a este mozo a presencia del juez, a quien habré de referir la cosa con arreglo a la más estricta verdad!

«Y después que lo interrogue el juez, si es inocente, si nada tiene que ver con la inicuá fechoría cometida contra este hombre... según afirma él, quedará en libertad en seguida...»

Siguió a estas palabras un silencio lleno de funestos presagios. El sombrío y rígido rostro de Mendel, en el que los ojos chispeaban de un modo asustador, revelaba que no se hallaba muy dispuesto a someterse a la voluntad y a la autoridad del *sherif*.

Así lo revelaron las siguientes palabras dichas con vehemente energía:

—¡Soy inocente y, por lo tanto, jamás consentiré que se me trate como a un malhechor! Y antes que ir entre vosotros, como un gallofo, suscitando la curiosidad, el desprecio o la piedad de cuantas personas me vean, habrán de quitarme la vida.



... le mantenía cogido por un pie...

ca amenaza alguna separarme del camino que me traza el deber.

«Por lo tanto, te detengo en nombre de la ley.

Llévose Leo la mano crispada al revólver, lanzando un alarido de furor.

Seguramente se habría desarrollado allí un drama tan rápido como horrendo si el ranchero, abalanzándose hacia su servidor, no le hubiese dicho:

—En tal caso,—comenzó a decir el *sherif* encarándose con sus auxiliares.

Pero no pudo completar su pensamiento por interrumpirle el rancharo Stiwil diciendo:

—¡Yo respondo de este hombre! ¡Yo prometo, *sherif*, acompañarlo a presencia del juez cuando usted ordene y disponga!

—Pues ya pueden ponerse en camino inmediatamente — *repuso* aquél—hacia la morada del juez, en la que yo los esperaré esta misma noche.

—Nada más tengo que decir. Ahora es preciso prodigar a este hombre los cuidados que requiere su delicado estado.

El rancharo, su hija y el arrogante y fiero *cow-boy* formaban en el aposento un grupo, y otro el *sherif* y sus delegados en torno del tratante Warner.

Volvió éste a recobrar el conocimiento al cabo de un rato, abriendo los ojos.

—Amigo Warner, ¿se siente usted con las fuerzas y la lucidez necesarias para contestar a las preguntas que voy a hacerle?—inquirió el *sherif* en voz baja.

—¡Me duele mucho... la cabeza... y me pesa como si fuese de plomo!—declaró el herido.

—Entonces sería una crueldad y una torpeza fatigarlo a usted! ¡Repouse tranquilo!... Vosotros—añadió dirigiéndose a sus auxiliares—os quedaréis aquí vigilando y cuidando a este hombre, sin permitir que nadie le moleste, hasta que lo vea y examine el médico que yo iré a buscar ahora mismo.

Pronunciadas estas palabras saludó levemente al rancharo, abandonando la estancia.

No permanecieron en ella mucho

tiempo el dueño de la finca con su bella hija y el desesperado *cow-boy*, sino que salieron en seguida para proseguir en otra la conversación iniciada, sin que pudiesen recoger oídos indiscretos una sola palabra de las que hablaban.

Así es que unos momentos después se hallaban en el despacho del rico propietario y éste comenzó diciendo:

—¡Escucha, querido Leo, y luego de oírme reflexiona bien lo que haces! Sin que dude yo ni por asomo sobre tu honradez, estoy convencido de antemano de que te será muy difícil demostrar tu inocencia a la justicia, a esta terrible justicia de nuestro país, que tan poco valor concede a la vida de un hombre...

—¿Existen contra ti pruebas que quizás el juez que te interrogue le parezcan evidentes de tu culpabilidad?

—¿Qué sucederá entonces?

A esta pregunta siguió una especie de gemido, y la dulce y compungida voz de Emma exclamó:

—¡Huye, Leo, huye en seguida! Mi corazón presiente una horrenda desgracia y no se equivoca!

—Pero... pero... ¿crees tú, Emma, que soy inocente?

—Lo creo con toda mi alma... y, sin embargo, repito: ¡Huye, huye pronto!

Resplandeció en el guapo y varonil semblante de aquel valeroso hijo del desierto una sonrisa inenarrable, y contestó con ardoroso acento:

—¡No puedo obedecerte, Emma, a pesar de que sacrificaría mi propia vida por aborrrarte a ti el más leve daño, el disgusto más nimio! ¡Pero exiges de mí el único sacrificio que no podría soportar mi co-

razón y mi alma! ¡Yo alejarme, huir como un criminal de la tierra que me vió nacer! ¡Yo vivir como un miserable, como un paria bajo otro cielo del que he contemplado y adorado desde que vine al mundo, y, además, lejos de él!

«¡Perdóneme, señor — añadió —, si me expreso así delante de usted, autor de la vida de esta incomparable y divina criatura, tan infinitamente superior a mí y a la cual yo venero como a la Virgen María!

«¡Jamás habrían revelado mis labios este secreto!

— ¡Ni yo necesitaba oírte — interrumpió el ranchero sonriendo con indulgente ternura — para saberlo, porque yo ya lo sabía por los de mi adorada hija!

«Sí, querido Leo, estaba enterado de que os queráis los dos con amor firme y leal y nada tenía que objetar a ese cariño tan profundo y sincero...

«Esperaba una ocasión apropiada para hablarte de este particular... y esa ocasión se habría pre-

sentado cuando te hubiese yo nombrado capataz de mi rancho...

«Pero un aciago destino ha dispuesto las cosas de otro modo, anticipándose a mi deseo y voluntad...

«Ahora veo que una nube siniestra ensombrece el radiante cielo con que yo vislumbraba vuestro porvenir... Sin motivo ni culpa has incurrido en el recelo y las sospechas de la justicia...

«No te dejes atrapar por sus poderosas zarpas... Pon entre ella y tu persona la mayor distancia posible... inmediatamente.

«Yo te proporcionaré dinero suficiente para que puedas vivir libre de los agobios de la escasez en suelo mejicano hasta que sea descubierto el malvado y verdadero culpable...

Inútiles fueron las sagaces y previsoras advertencias del rico ranchero y los ruegos y las lágrimas de Emma.

Leo Mendel los desoyó, aferrado a su certeza de que la justicia creería y proclamaría su inocencia.

## II

«Cuán lamentablemente se equivocaba el desgraciado!

Quince días después era condenado a cuatro años de presidio, a pesar de sus protestas y juramentos de honradez y de las favorables declaraciones hechas por el propietario Stilwell y su hija...

El dinero, prodigado en abundancia por el rico hacendado, sólo sirvió para suavizar el rigor de la justicia. Sin el poder del oro, el des-

dichado ranchero habría sido irremisiblemente condenado a la horca...

¡No extinguió, empero, su condena hasta el fin en el terrible presidio adonde fué encerrado Leo Mendel!

Al cabo de seis meses recobraba la libertad, fugándose con otros dos presos cierta noche... Y también, en aquella evasión, había obrado una especie de milagro el dinero



que quincenalmente le remitía el padre de su amada.

Sobornado el vigilante nocturno encargado de vigilar las celdas en una de las cuales se hallaba Leo con sus dos compañeros, los tres lograron salir del inmenso y tético edificio envuelto en las sombras y el silencio del reino de la noche...

Pero no se habían alejado los fugitivos dos millas cuando ese silencio fué turbado por los disparos de una ametralladora, y las tinieblas rasgadas por la luz de unos potentes faros giratorios que iluminaba en todas direcciones una vasta extensión.

—¡Maldición!—rugió uno de los evadidos—. ¡Estamos perdidos!... ¡Ahora nos buscarán y perseguirán como fieras por todas partes docenas de sabuesos!... Si dispusiéramos de buenos caballos...

En tanto continuaban los disparos, y cuando cesaban éstos percibían los fugitivos lejanas vociferaciones que llevaban a sus oídos las ondas del viento.

El peligro que los amenazaba era demasiado inminente y grave para que los fugitivos pensasen siquiera en deliberar lo que debían hacer.

\*\*\*

Los tres cortían con toda la velocidad que les permitían sus piernas de acero, aumentada por el afán de conservar la libertad, supremo don del cielo.

Percibían el rumor del galopar de caballos y las enardecidas voces de sus perseguidores, a las que se

mezclaban, de vez en cuando, disparos de armas de fuego.

La densa obscuridad reinante impedía que aquella encarnizada caza del hombre terminase pronto de un modo desastroso para los fugitivos.

Por su parte, Leo Mendel prefería cien veces perder la vida en aquella desesperada huida al través de la noche, que caer en poder de sus enemigos.

\*\*\*

De pronto divisó la dilatada y oscura mancha de un bosque que se destacaba entre las tinieblas nocturnas, y con la misma alegría que extraviado viajero halla el buen camino, o capitán de barco casi destrozado por la borrasca vislumbra el faro salvador, refugióse en su silencioso e inextricable interior.

Iba provisto de un largo y cortante cuchillo, que tuvo que esgrimir a menudo para abrirse paso al través de la espesa vegetación.

De esta manera, sin pensar siquiera en detenerse allí, convencido de que sus perseguidores darían una minuciosa batida al bosque, insensible al cansancio, logró encontrar un sendero practicado por la mano del hombre.

¿Dónde conduciría aquel angosto camino? El fugitivo encogióse de hombros prosiguiendo su marcha.

Lo peor que podía ocurrirle era haberse refugiado en una de esas selvas que abarcan docenas y docenas de millas, y que son, para quienes las desconocen, una especie de laberinto de Ariadna...

Sin embargo, el destino había dispuesto las cosas, aquella vez, de

un modo por completo distinto a los recelos y temuras del místico cowboy.

### III

Al cabo de una hora de rápida caminata se encontró en la linder del bosque, en el declive de cierta colina, bajo la cual sus pupilas, ya habituadas a la oscuridad, divisaron un valle.

Una luz brillaba como una estrella solitaria en las sombras de la noche y hacia aquella luz encaminó sus pasos el amado de la hermosa Emma Stüwill.



... había abatido a su enemigo...



... lo levantó como un muñeco...

## LA FUCA DEL PRESIDARIO

Interpretado por BUDDY ROOSEVELT

La esperanza de hallar personas hospitalarias en aquella aislada y solitaria morada, acortaba los latidos del estropeado corazón del fugitivo.

Tras una marcha que duró más de una hora, al través de un paisaje abrupto y escarpado, en el que abrían sus negras bocas numerosos barrancos y precipicio, sorteando todos los peligros y obstáculos merced a su vigor y su destreza de atleta, Leo Mendel llegó a las cercanías de la mencionada morada.

Era una desconchada y miserable vivienda, al través de cuya entrada continuaba brillando la luz.

Protegido por la oscuridad,



— ¡En un abrir y cerrar de ojos voy a libertarte!



... cuando se deslizaba por la entrada, fue de repente sorprendida...



nuestro protagonista divisó, agazapado en unos matorrales, en el interior de aquella casucha y sentadas a una mesa, tres personas que gesticulaban como si sostuviesen una acalorada discusión.

Nada más repugnante y despreciable a su hermosa y noble naturaleza que el oficio de espía. Y, sin embargo, en aquella ocasión una voz más poderosa que su voluntad pareció aconsejarle que intentara saber lo que hablaban, a tan avanzadas horas de la noche aquellos tres personajes.

El aspecto de los mismos era, ciertamente, muy distinto del de las personas honradas y cabales.

\*\*\*

Obediente a ese impulso, el fugitivo acercóse cautamente a la morada y trepando con la agilidad de un acróbata sobre su lechumbra, aplicó el oído a la chimenea.

Inmediatamente percibió unas palabras que sacudieron su poderoso organismo como una corriente eléctrica.

—Me extraña mucho—decía una voz adusta y ronca, que no sonó extraña a sus oídos—que todavía no hayan llegado nuestros compadres... En dos días pueden salvarse de sobras, con ágiles corceles, las cincuenta millas que nos separan del *Rancho de los Alamos*.

—¿Qué temes, Maier?

Al oír este nombre recorrió el cuerpo de Leo otro estremecimiento, pues así se llamaba el capataz a quien había de reemplazar si no lo hubiese hundido en el infierno

del presidio una justicia torpe y maldita.

—Esa tardanza es de mal agüero—declaró con acento sombrío y sentencioso el interrogado—. ¡Temo que les haya ocurrido a nuestros amigos un percance!

—¡Bah! ¡No comparto yo tu opinión, Maier! Y estoy seguro de que antes que amanezca estarán aquí nuestros amigos con un espléndido botín...

—¡Con tal que hayan logrado cazar a la guapísima Emma!

Leo sintió que un repentino y frío sudor brotaba de todos los poros de su cuerpo.

Lo que acababa de oír significaba un infame peligro para la mujer a quien él quería con amor idolátrico...

—¡Miserables! ¡Ay de vosotros!—se dijo mentalmente rechinando los dientes de cólera, agarrando con mano crispada el mango de su enorme cuchillo—. ¡Ay del que toque un solo cabello de aquel ángel de candor, lealtad y piedad!

\*\*\*

Aguzó el oído, a continuación, con el afán de seguir oyendo lo que hablaban aquellos miserables.

Pero pasaron en vano varios segundos, que al fugitivo parecieron una hora de ansiedad y tortura moral.

¿Por qué guardaban silencio?, se preguntaba, engañado.

Pues es lo cierto que los Maier y compadre continuaban hablando, pero en voz tan baja que no podía percibirlos el valeroso y temerario *cow-boy*.

Inconscientemente y sin advertirlo éste había revelado su presencia a la infame pareja, produciendo cierto ruido.

Maier llevóse el dedo a los labios, preguntando con voz apenas perceptible:

—¿No has oído, Negro?

Hizo éste un gesto afirmativo, murmurando:

—Tenemos alguien sobre nuestras cabezas.

—¿Un puma tal vez?—inquirió la mujer que con ellos estaba.

—Sí, un puma con rostro humano... ¡Silencio! Es preciso—declaró Maier—averiguar pronto quién se ha atrevido a venir a nuestra madriguera. Si es un sarnoso polizonte, su audacia le costará la vida... Si es un curioso... lo ahorcaremos...

Salieron estas palabras furiosas y silbantes de los labios del miserable... cuya brutal fisonomía reflejaba toda la ferocidad de su alma negra y deforme.

\*\*\*

En tanto, el fugitivo, abandonando con paso cauto el sitio en que estaba, espoleado y abrasado por la cólera, habíase acercado al borde de la techumbre, con el fiero y audaz propósito de presentarse, repentinamente, ante aquella pareja de desalmados y trabar con ellos una lucha a muerte...

Pero como no podía imaginar que él mismo había delatado su presencia y que los aborrecidos enemigos con quienes iba a emprender una lucha tan feroz estaban al acecho,

cuando se deslizaba junto a la puerta fué sorprendido por los dos malvados.

En vano la joven que se hallaba con éstos, horrorizada a la idea de presenciar un espectáculo sangriento, quiso cortarles el paso.

—¡Apártate, muñeca! —le dijo con ira Maier, y uniendo la acción a la palabra obligóla de un empujón a hacerle paso.

Al mismo tiempo, empujando un revólver, como su compañero, salió de la casucha en el preciso instante en que el fugitivo ponía los pies en tierra.

—¡Mil rayos! ¿Quién es este pajarraco?—rugió Maier encañonando el arma al rostro de Leo Mendel.

\*\*\*

Pero su ignorancia se desvaneció en seguida. Al fijarse, con ojos llenos de fuego en las facciones del *cow-boy*, exclamó:

—¡Ira del cielo! ¡Si es Mendel, mi antiguo camarada, el novio de Emma, el presidiario! ¡Quieto y silencio, muchacho, porque te va en ello el pellejo que conservas por un verdadero milagro!

—¡Brazos en alto! ¡Ah, ah! ¡Qué encuentro más casual y oportuno! ¡Pronto has cumplido la condena, amigo! ¡De seguro te has evadido del presidio gracias al oro del bobo Stiwill!

—¡Tú, Aguilucho—dijo a su compadre—, ponte detrás de este pobre diablo y a la más mínima te descerrajas cinco tiros en el pescuezo!

—¡No lo maléis! —intercedió la joven cómplice de los maldices.

—¡Cierra el pico, pindonga! — bramó Maier con acento ronco y enfurecido—. ¡Como vuelvas a suplicar en su favor, le meto cuatro balas en el cuerpo!

«¡Adentro con él! Pero antes quitale el cuchillo, *Aguilucho*».

Este obedeció, y el valeroso *condemado*, convencido de que oponer resistencia contra aquella pareja de granujas que le habían tomado la delantera, equivalía a un inútil y necio sacrificio de la vida, se dejó desarmar.

Confaba en que no dejaría de presentársele una ocasión propicia de vengarse y castigar de acuerdo con el ardiente anhelo que lo abrazaba a aquellos miserables.

—¡En marcha!—ordenó *Aguilucho* que, por cierto, iba disfrazado con un uniforme policíaco, empujando suavemente al prisionero por la espalda.

Unos momentos después se hallaba éste en el interior de un aposento que examinaba con el ávido mirar de quien desea descubrir una salida.

Como si el siniestro Maier leyese en su pensamiento, le dijo con sorna:

—No escudriñes estas cuatro paredes como un lobo caído en la trampa, porque entre ellas estarás mucho más seguro que en el presidio de que has logrado fugarte...

«¡Aquí permanecerás algunos días! ¿Cuántos? ¡Quién sabe! Ello depende del éxito o del fracaso que tenga cierto plan maquinado por mí contra el padre de la guapa Emma. ¡Y a propósito! ¡Voy a darte una buena noticia! ¡Sería fácil que tus ojos viesen y admirasen a esa espléndida y codiciada criatura antes de que amanezca!

«¡La quiero yo y será mía! ¡Oyes, pedazo de bestia? Si tú no hubieses cometido la necedad de fijarte y codiciar una flor de hermosura que a mí me gustaba...

Interrumpiéndose y sonriendo malignamente añadió:

—¡Bah! ¡No quiero enterarte de quién agredió y cómo hace cerca de un año al gaquero Warner!

—¡Fuiste tú!—afirmó Leo Mendel.

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho?

Sin contestar a estas preguntas, pronunciadas con acento sarcástico, el prisionero exclamó:

—¡Fuiste tú! Pero algún día pagarás la alevosa y criminal fechoría...

—¡Por Júpiter! ¿Me amenazas, imundo pelón, y me bastaría con mover un dedo para astillarte el cráneo?

Una leve sonrisa de desprecio apareció en el sereno semblante del fugitivo.

—¿Cometerías un cobarde y odioso crimen más!—dijo encogéndose de hombros.

Maier sacó unas largas tiras de cuero y luego de probar su resistencia tirando de ellas con fuerza, declaró:

—¡A buen seguro que enviándote a los infiernos no se sentiría el odio que me inspiras tan saciado y satisfecho como devolviéndote al presidio!...

«¡Eres un fugitivo y el Código penal reserva a todos los que se evaden de uno de esos hoteles un castigo peor que la muerte!

«¡Y si para largarte de tu encierro te has visto obligado a escahechar a algún guardián, tanto peor para ti, porque en tal caso no



tardarías en hacer unas grotescas piruetas en el extremo de una soga!...

«¡Eal! ¡Basta de cháchara! Ahora voy a amarrarte como un buey. Comenzaremos por las pezuñas.

Maier inclinóse y en menos tiempo del que empleamos en referirlo, aló los tobillos del fugitivo con las correas de cuero. No eran éstas muy recias, pero sí lo bastante fuertes para inmovilizar un elefante.

—Ahora —añadió irguiéndose— vengan esas puercas manos, tan inútiles como la cola de un cerdo.

Reducido a la más completa indefensión, Leo Mendel fué tendido en un camastro cercano cuan largo era.

—Estás ya bien seguro—dijo su enemigo contemplándolo con expresión burlesca—; pero con un individuo de tu ralea, nunca están de más cuantas previsiones y precauciones se adopten.

«Por lo tanto, aún voy a encadenarte un poco más.

Otras dos largas tiras sirvieron para sujetar las piernas y los brazos del prisionero a la cama.

Terminada su tarea, Maier hizo una seña a su campadre, y ambos abandonaron seguidamente el aposento.

Leo quedó, pues, solo. Alumbra-  
ba el aposento la vacilante luz de una bujía.

Como no llegara a sus oídos rumor alguno, la idea de que lo habían dejado encerrado en aquella madriguera cruzó por su exaltada mente al mismo tiempo que comenzaba a forcejear con el deseo de liberarse de las ligaduras que lo inmovilizaban.

Pero no consiguió más que gastar en vano sus poderosas fuerzas.

\*\*\*

De este modo transcurrieron unos quince minutos. Continuaba reinando en la guarida un silencio completo.

¿Se habían largado de ella sus odiados enemigos o tal vez se habían entregado al descanso en otro aposento?

Poco había de tardar en saber la verdad... Cierta rumor que llegó de pronto a sus oídos le hizo creer que ninguna de aquellas suposiciones era cierta.

Aquel rumor era causado por unos pasos cautelosos dados encima de su cabeza. Nuestro protagonista pensó que la pareja de mal-sines había subido a la techumbre de la desconchada vivienda con algún fin que él no podía adivinar ni remotamente.

De pronto aquel ruido lo percibió en otro sitio, en una especie de tablado situado a la izquierda de donde él estaba. Con la cabeza vuelta y las chispcantes pupilas fijas en aquella dirección, vió aparecer de pronto una figura que le arrancó un grito de inenarrable alegría.

—¡Tú! ¿Eres tú, Jack? ¡Pronto, libérame!

El personaje a quien iban dirigidas esas palabras era uno de sus compañeros de presidio. Llevaba todavía el infamante uniforme de los que han delinquido, pues el guardián que favoreciera su fuga no había podido proporcionar un traje usual más que a Leo.

—¿Qué significa esto?—exclamó el recién llegado—. Por los clavos

de Cristo... Quién me había de decir...

—¡Pronto, amigo! —le interrumpió el *cow-boy*—. ¡Corta las correas que me sujetan con tu cuchillo!... ¡No pierdas ni un segundo de tiempo!... Luego hablaremos...

—¡En seguida! —prometió aquel compañero de condena saltando al suelo—. ¡En un abrir y cerrar de ojos voy a libertarte!

A esas palabras hizo eco un grito de espanto. En aquel momento entró en el aposento la joven moradora de aquella madriguera.

—¡Auxilio! ¡Auxilio! —gritó.

—¡Mil rayos! —exclamó Jack que ya empuñaba un largo cuchillo—. ¡No me obligues a hacerte un daño que no quiero causarte, mujer!... ¡Sería una lástima morir siendo tan joven y guapetona como tú!

La amenazada salió de la estancia como una exhalación, y mientras Jack cortaba las tiras de cuero, sus gritos resonaban fuertes y potentes en la noche:

—¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Malier! ¡Aguilucho! ¡A mí! ¡Venid, venid!

—¿Qué te ha ocurrido, querido Leo? ¿Es que te cazaron nuestros perseguidores?

—No, no! La casualidad o la Providencia guió mis pasos hacia esta casucha y en ella encontré al

miserable cuyo delito me atribuyó a mí la justicia...

«Entre él y un amigo suyo, encañándose sus revólvers, lograron ponerme en la situación en que me has hallado tú...

«¡No tardarán, tal vez, en volver aquí!

—Los recibiremos dignamente.

No se equivocaba el valeroso Leo. Se oían en el exterior, y cada vez más cercanas, rumor de voces y pasos.

Eran el *Aguilucho* y la joven que regresaban corriendo a la guarida.

Aquél empuñaba un revólver, del que no pudo hacer uso, pues apenas entró fué derribado de un puñetazo. Leo se lo había propinado y abalanzándose contra él lo arrastró hacia una especie de trampa abierta en el suelo, en la cual arrojó su cuerpo.

Después apoderóse de un caballo y partió al galope. Llevaba ya arrollado al brazo derecho un lazo, en cuyo manejo poseía una habilidad sin igual, bien ajeno a que no recorrería cinco millas sin que tuviese ocasión de demostrarla, cazando al mismo Malier en carne y hueso...

—¡Se han trocado los papeles, bribón! —le dijo Leo al malvado sujeto cuyas facciones expresaban un terror sin nombre.

#### IV

Aquella misma noche Leo Mendel llamaba a la puerta de la mansión del mismo *sherif*, que un año antes le deluviera en nombre de la

ley, y le entregaba al verdadero agresor y ladrón del ganadero Warner.

Enterado por las declaraciones de

Maier da que en el rancho de Stiwill se ocultaba un cómplice, presentóse en la finca a la mañana siguiente, y una vez se hubo apoderado del peligroso y traidor sujeto, llevándolo en alto compareció ante la familia del rico propietario, que lo recibió con vivas y ruidosas muestras de alegría.

Y esta alegría inundó dos corazones enamorados cuando, una hora después, el *sherif* declaraba:

—¡Leo Mendel, eres libre! ¡Per-

dóname el mal que te hice creyendo servir a la justicia, y fija tú mismo la indemnización que por tu encierro y sufrimiento quieras percibir!

—¡Soy dichoso y olvido lo pasado como si hubiese sido una pesadilla! —respondió Leo, que un mes después era el hombre más feliz del orbe al unir su vida con la de la fiel, abnegada y bellísima Emma Stiwill.

F I N

---

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

**LA CABANA EN LLAMAS**

SE PONDRA A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA



# LOS FILMS DEL FAR-WEST

ES LA PUBLICACION MAS INTERESANTE Y  
ECONOMICA QUE AHORA PUEDE ADQUIRIRSE

Aparece semanalmente y da las narraciones del Oeste más vigorosas e intensas que se conocen. — Leer estas emocionantes novelas equivale a convivir con los COW-BOYS, seguir de cerca sus peripecias y sus proezas, sus amores y sus triunfos. Cada cuaderno contiene una novela completa, con las aventuras de lucha y de amor de un caballista, astro de la pantalla.

15 cts. el cuaderno con novela completa

De esta preciosa colección han sido publicados los siguientes números:

- |                                 |                                |
|---------------------------------|--------------------------------|
| 1. El huracán de Texas.         | 17. Los falsificadores.        |
| 2. Contra viento y marea.       | 18. Un novio con buenos puños. |
| 3. El valle del misterio.       | 19. Veloz como el rayo.        |
| 4. El rey de los jinetes.       | 20. Perdido en el desierto.    |
| 5. Los puños de Tom Tyler.      | 21. Los cuatreros.             |
| 6. Los lobos del Far-West.      | 22. Tom y su cuadrilla.        |
| 7. La ley del tortazo.          | 23. Por defender a una mujer.  |
| 8. El culpable.                 | 24. El fantasma del rancho.    |
| 9. De señorito a vaquero.       | 25. De cara a la muerte.       |
| 10. El «Gavilán de la Pradera». | 26. Buscando la revancha.      |
| 11. Ladrones de ganado.         | 27. Astucia rural.             |
| 12. El valiente.                | 28. Armando gresca.            |
| 13. El «Pirata del Desierto».   | 29. A sangre y fuego.          |
| 14. El crimen ignorado.         | 30. El secreto de la mina.     |
| 15. La ley del revólver.        | 31. El valiente de la pradera. |
| 16. El «Guapo del rancho K.»    |                                |

*De venta en todos los quioscos y puestos de periódicos. Colección usted la más económica y la más interesante de las novelas semanales.*

**LAS GRANDES OBRAS MODERNAS** - Publicación periódica

Calle de Londres, 10 - BARCELONA

Talleres gráficos VECCHI. — Rocafort, 225. — Barcelona